



JULIA
QUINN

*Un marido
inventado*



· ROKESBY ·

*Un romántico y divertido viaje
al origen de los Bridgerton*

Mientras dormías...

Con su hermano Thomas herido en el frente de batalla y habiendo perdido a sus padres, Cecilia Harcourt tiene dos opciones no demasiado halagüeñas: mudarse junto a una tía soltera o casarse con un primo de mente retorcida. En lugar de eso, elige la tercera opción, y cruza el Atlántico dispuesta a cuidar de su hermano hasta su recuperación. Pero, tras una semana de búsqueda, no encuentra a Thomas, sino a su mejor amigo, el apuesto oficial Edward Rokesby. Está inconsciente y necesita urgentemente de sus cuidados, y Cecilia promete salvar la vida del soldado, aunque quedarse a su lado implique decir una pequeña mentira...

Le dije a todo el mundo que era tu mujer.

Cuando Edward vuelve en sí, está bastante confundido. La contusión en su cabeza le ha hecho perder la memoria de los tres últimos meses, pero sin duda recordaría haberse casado. Sabe quién es Cecilia Harcourt –aunque no recuerde su cara– pero, cuando todo el mundo se dirige a ella como su esposa, concluye que debe de ser cierto, aunque él siempre había pensado que se casaría con su vecina en Inglaterra.

Ojalá fuera cierto...

Cecilia arriesga su futuro entregándose por completo al hombre al que ama. Pero cuando la verdad sale a la luz, Edward quizás también guarde algunas sorpresas para la nueva señora Rokesby.

Índice de contenido

Cubierta

Un marido inventado

Dedicatoria

Nota de la editora Nana Vaz de Castro

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Sobre la autora

A Nana Vaz de Castro,^[]
que creó todo un movimiento.
Menos mal que no fuera posible conseguir
los batidos de Ovomaltina de Bob
en Estados Unidos.*

*Y también a Paul.
Resulta en verdad irónico el hecho de que
haya escrito un libro sobre un marido
inventado
durante los tres meses que estuviste fuera,
escalando el Everest.
Aunque la montaña es tan real como lo eres
tú
y como lo somos nosotros.*

Nota de la editora Nana Vaz de Castro

En 2012, mientras examinaba una extensa lista de los libros más vendidos en los Estados Unidos, me fijé en los nombres de algunas escritoras que se repetían con frecuencia en ella pero que, por lo que yo sabía, sus obras aún no habían sido publicadas en Brasil: Julia Quinn, Lisa Kleypas, Mary Balogh, Sarah MacLean, entre otras. Estaba intrigada. ¿Quiénes eran esas autoras?

Me puse a indagar sobre ello y vi que todas ellas publicaban libros del mismo género, con portadas que mostraban a mujeres jóvenes con vestidos deslumbrantes o en poses comprometidas junto a hombres semidesnudos.

Nunca había leído un libro de este tipo, pero sentí curiosidad. Por suerte, azar o destino, el primero que cayó en mis manos fue *El duque y yo*. Cuando llegué al final del prólogo, estaba fascinada: ¡era realmente bueno! Cuando terminé de leerlo tuve esa sensación propia de un editor: que había encontrado un tesoro.

Leí varios libros más de diferentes autores y, con el apoyo entusiasta de todo el equipo de Arqueiro, que realmente hizo suya la causa, en abril de 2013 lanzamos simul-

táneamente tres libros de tres autores diferentes, inaugurando la colección *Romances de Época*.

Aunque no fue un éxito instantáneo, la colección fue asentándose, con ventas constantes y en continuo crecimiento. Otras series se sumaron a las tres primeras, y descubrimos una enorme comunidad de lectores apasionados por el género, ávidos de más historias ambientadas en la Inglaterra del siglo XIX, con sus bailes, matrimonios concertados, dotes, herencias, muchos malentendidos y, siempre, finales felices. Casi seis años después, la colección ha vendido más de 1,5 millones de ejemplares.

En 2015, como invitada de la Bienal do Rio, Julia Quinn vino a Brasil por primera vez. En ese momento, estábamos lanzando el sexto volumen de nuestra serie más exitosa de romances de época, *Bridgerton*. La cálida acogida del público brasileño sorprendió a Julia y, a pesar de ser una autora superventas en varios países, el cariño de los lectores, sus abrazos llenos de entusiasmo, los numerosos regalos y las camisetas con los nombres de los personajes tocaron a la autora de una manera especial.

Fue durante una larga sesión de firmas de libros cuando le presenté a Julia lo que considero uno de los mayores inventos de la gastronomía brasileña: el batido de Ovomaltina de Bob. La conexión fue inmediata. En ese momento sentí que nuestra relación cambiaba de nivel: de la admiración profesional a la amistad personal.

Después de esa primera visita, todos los libros de Julia Quinn pasaron a la lista de los más vendidos, y se convirtió en una autora muy querida y popular en nuestro país. En marzo de 2017, volvió a Brasil para la presentación de la serie *El cuarteto Smythe-Smith*, que tenía la difícil misión de suceder a *Bridgerton*. Arqueiro volvió a innovar lanzando los cuatro libros de la serie a la vez y ofreciendo además la opción de comprarlos en un estuche de lujo, con regalos exclusivos. Julia estuvo en seis ciudades brasile-

ñas, firmó miles de libros y, siempre que pudo, tomó ese batido.

En ese mismo momento ella estaba escribiendo el libro que ahora tiene en sus manos, *Un marido inventado*. Y unos meses después, cuál fue mi sorpresa al recibir un correo electrónico de la autora que contenía, en un archivo adjunto, la página de la dedicatoria.

Me conmovió mucho el cariño, la generosidad y el reconocimiento de esta autora y amiga tan especial, pero entiendo que, con este gesto, está honrando y agradeciendo a todos los lectores brasileños que la convirtieron, de hecho, en la «reina» de la novela romántica en Brasil.

La maravillosa y fantástica historia de Cecilia y Edward se convirtió pronto en una de mis favoritas... aunque, a decir verdad, no sé si puedo ser ecuánime en este caso...

Espero que a usted también le guste.

¡Que tenga una buena lectura!

Nana Vaz de Castro

Enero de 2019

[«]

1

Isla de Manhattan

Junio de 1779

Le dolía la cabeza.

Mejor dicho, le dolía *muchísimo* la cabeza.

Sin embargo, era difícil saber de qué clase de dolor se trataba. Quizá le habían disparado una bala de mosquete. Posiblemente, pues se encontraba en Nueva York (¿o sería en Connecticut?) y era capitán del ejército de Su Majestad.

Se estaba librando una guerra, por si alguien no se había dado cuenta.

Pero ese martilleo en particular, como si estuvieran golpeando su cráneo con un cañón (no una bala de cañón, ¿eh?, un cañón de verdad), parecía indicar que lo habían atacado con un instrumento más contundente que una bala.

Un yunque, tal vez. Caído desde la ventana de un segundo piso.

Mirando el lado positivo, un dolor como ese indicaba que no estaba muerto, un destino que también era posible, teniendo en cuenta los mismos hechos que lo habían llevado a pensar que quizá le habían disparado.

Esa guerra que había mencionado... mataba a las personas.

Con alarmante frecuencia.

Así que no estaba muerto. Eso estaba bien. Aunque no estaba seguro de dónde se hallaba. El paso siguiente de-

bería haber sido abrir los ojos. No obstante, tenía unos párpados lo bastante traslúcidos como para saber que era mediodía y, aunque tendía a ver el lado positivo de las cosas, tenía casi la certeza de que, si finalmente abría los ojos, la luz lo cegaría.

Por eso los mantuvo cerrados.

Pero escuchó.

No estaba solo. No distinguía ninguna conversación en particular, pero podía discernir un zumbido de palabras y actividad. Había personas que se movían de un lado a otro, colocaban objetos en las mesas, quizás arrastraban sillas por el suelo.

Alguien gemía de dolor.

La mayoría de las voces eran masculinas, pero había por lo menos una dama cerca. Muy cerca: podía oír su respiración. Emitía leves ruidos mientras hacía sus tareas; pronto supo que estas incluían acomodar sus sábanas y tocarle la frente con el dorso de la mano.

Le gustaban esos leves ruidos, los pequeños murmullos y suspiros que ella no debía de percatarse que hacía. Y olía bien, un poco a limón, un poco a jabón.

Y también a mucho trabajo.

Conocía ese olor. Él mismo lo había tenido, aunque solo por un instante, antes de que se transformara en hedor con todas las de la ley.

Sin embargo, en ella era algo más que agradable. Con una mezcla de olor a tierra. Se preguntó quién sería la que lo atendía con tanta dedicación.

—¿Cómo se encuentra hoy?

Edward se quedó quieto. Esa voz masculina era nueva, y no estaba seguro de querer que nadie supiera que estaba despierto.

Aunque no sabía el *porqué* de esa duda.

—No hay cambios —oyó la voz de la mujer.

—Me preocupa. Si no se despierta pronto...

–Lo sé –dijo la mujer con un tono de irritación en su voz, que a Edward le pareció curioso.

–¿Ha podido hacerle tomar caldo?

–Solo algunas cucharadas. Temía que se ahogara si seguía insistiendo.

El hombre hizo un ruido indefinido de aprobación.

–Por favor, ayúdeme a recordar: ¿cuánto tiempo hace que está en este estado?

–Una semana, señor. Cuatro días antes de que yo llegara, y tres desde entonces.

Una semana. Edward reflexionó al respecto. Una semana significaba que debía de ser... ¿Marzo? ¿Abril?

Quizá febrero. Y seguramente estaba en Nueva York, no en Connecticut.

Sin embargo, eso no explicaba el terrible dolor de cabeza. Era evidente que había tenido algún accidente. ¿O lo habían atacado?

–¿No ha habido ningún cambio? –preguntó el hombre, aunque la dama acababa de decírselo.

Ella debía de tener mucha más paciencia que Edward, ya que respondió con voz serena y clara:

–No, señor, ninguno.

El hombre emitió un ruido que no llegó a ser gruñido. A Edward le pareció imposible de clasificar.

–Eh... –La mujer se aclaró la garganta–. ¿Ha tenido noticias de mi hermano?

¿Su hermano? ¿Quién era su hermano?

–Me temo que no, señora Rokesby.

¿Señora Rokesby?

–Han pasado casi tres meses –dijo ella con voz queda.

¿Señora Rokesby? Edward quería que volvieran a ese tema urgentemente. Por lo que él sabía, solo había un Rokesby en América del Norte, y ese era él. Así que, si ella era la señora Rokesby...

–Creo –respondió la voz masculina– que sería mejor que invirtiera sus energías en atender a su marido.

¿*Marido*?

–Le aseguro –replicó ella, nuevamente con un dejo de irritación– que lo he estado atendiendo fielmente.

¿*Marido*? ¿Decían que era su *marido*? ¿Estaba casado? No podía estar casado. ¿Cómo podía estar casado y no recordarlo?

¿Quién era esa mujer?

El corazón de Edward comenzó a latir con fuerza. ¿Qué diablos le estaba sucediendo?

–¿Acaba de moverse? –inquirió el hombre.

–No... no creo.

Ella reaccionó con rapidez. Unas manos se acercaron a él, tocaron su mejilla, luego su pecho, y aunque era evidente que estaba preocupada, había algo tranquilizador en sus movimientos, algo que sin lugar a dudas le hacía bien.

–¿Edward? –preguntó, tomándolo de la mano. Acarició su mano varias veces, sus dedos rozaron ligeramente su piel–. ¿Puedes oírme?

Debía responder. Ella estaba preocupada. ¿Qué clase de caballero no hacía nada por calmar la aflicción de una dama?

–Me temo que lo hemos perdido –manifestó el hombre, con mucha menos delicadeza de la que Edward consideraba apropiada.

–Aún respira –replicó la mujer con voz férrea.

El hombre no respondió, pero la habría mirado con lástima, porque ella repitió, esta vez con más fuerza:

–*Aún respira.*

–Señora Rokesby...

Edward sintió que la mano de ella apretaba la suya. Luego apoyó su otra mano encima, y sus dedos rozaron los nudillos de él. Fue una caricia ínfima, pero a Edward le llegó hasta el alma.

–Aún respira, coronel –repitió ella con tranquila determinación–. Y mientras respire, seguiré aquí. Es posible

que no pueda ayudar a Thomas, pero...

Thomas. Thomas Harcourt. *Esa* era la relación. Esa debía de ser su hermana, Cecilia. Él la conocía bien.

O no. En realidad no la conocía personalmente, pero *sentía* que la conocía. Ella le escribía a su hermano con una dedicación inigualable en el regimiento. Thomas recibía el doble de correo que Edward, y él tenía cuatro hermanos, mientras que Thomas, solo una.

Cecilia Harcourt. ¿Qué diablos hacía ella en América del Norte? Se suponía que debía estar en Derbyshire, en ese pueblito que Thomas había estado tan ansioso por abandonar. El de las fuentes termales. Matlock. No, Matlock Bath.

Edward nunca había estado en aquel lugar, pero parecía encantador. No por el modo en que Thomas lo describía, por supuesto; a él le gustaba el bullicio de la ciudad, y no veía la hora de alistarse e irse de su pueblo. Pero Cecilia era diferente. En sus cartas, el pequeño pueblo de Derbyshire cobraba vida, y Edward estaba seguro de que podría reconocer a sus vecinos si alguna vez lo visitaba.

Ella era muy ocurrente. ¡Diablos! Sí que era ingeniosa. Thomas se reía tanto al leer sus misivas que Edward finalmente se las hacía leer en voz alta.

Entonces, un día, mientras Thomas respondía una carta, Edward lo interrumpió tantas veces que Thomas se levantó de su silla y le entregó la pluma.

–Escríbele tú –dijo.

Y lo hizo.

No por su cuenta, por supuesto. Edward nunca habría podido escribirle directamente. Habría sido una falta de decoro de la peor clase, y él jamás la insultaría de esa manera. Sin embargo, se tomó la costumbre de escribir algunas líneas al final de las cartas de Thomas, y cada vez que ella respondía, también le dedicaba algunas líneas a él.

Thomas llevaba consigo una miniatura de su hermana, y aunque este decía que era de hacía varios años, Edward

no dejaba de mirarla y de escudriñar el pequeño retrato de la joven, preguntándose si su cabello tendría ese asombroso tono dorado o si de verdad sonreiría de ese modo, con los labios cerrados y un aire misterioso. Por algún motivo él sospechaba que no. No le parecía que fuera una mujer con secretos. Su sonrisa sería alegre y generosa. Edward incluso pensaba que le gustaría conocerla cuando terminara esa guerra salvaje. Sin embargo, nunca se lo había comentado a Thomas.

Le habría parecido extraño.

Y ahora Cecilia estaba ahí, en las colonias. No tenía ningún sentido, pero... ¿qué tenía sentido? Él tenía una herida en la cabeza, parecía que Thomas estaba en paradero desconocido, y...

Pensó con esfuerzo.

... aparentemente se había casado con Cecilia Harcourt.

Abrió los ojos e intentó fijar la mirada en la mujer de ojos verdes que lo estaba observando.

—¿Cecilia?

Cecilia había imaginado durante tres días qué le diría a Edward Rokesby cuando por fin despertara. Se le habían ocurrido varias posibilidades, pero la más probable era: *¿Quién diablos eres tú?*

No habría sido una pregunta tonta.

Porque, con independencia de lo que creyera el coronel Stubbs o todo el mundo en ese mal equipado hospital militar, ella no se llamaba Cecilia Rokesby, sino Cecilia Harcourt, y, por supuesto, no estaba casada con el apuesto hombre de cabello oscuro que yacía en la cama a su lado.

En cuanto a cómo había surgido el malentendido...

Quizás había tenido que ver con que ella había asegurado ser su esposa frente al comandante, dos soldados y

un empleado.

En ese momento le había parecido una buena idea.

No había viajado a Nueva York a la ligera. Conocía muy bien los peligros de viajar a las colonias arrasadas por la guerra, por no mencionar el cruce del turbulento Atlántico Norte. Pero su padre había muerto, luego le habían comunicado que Thomas estaba herido y, por si fuera poco, su maldito primo había ido a husmear por Marswell...

No podía quedarse en Derbyshire.

Y, sin embargo, no tenía adónde ir.

Entonces tomó la única decisión precipitada de su vida y cerró su casa, enterró la plata en el jardín trasero y reservó un pasaje de Liverpool a Nueva York. No obstante, cuando llegó a Nueva York no encontró a Thomas por ningún lado.

Dio con su regimiento, pero nadie respondía a sus preguntas, y cuando insistió con sus interrogatorios, el alto mando militar la echó como a una mosca molesta. La ignoraron, la trataron con condescendencia y tal vez le mintieron. Usó casi todo su dinero, comía solo una vez al día y vivía en una pensión junto a una mujer que, seguramente, fuera una prostituta.

(Tenía relaciones sexuales, de eso estaba segura; lo que no sabía era si le pagaban por mantenerlas. Cecilia esperaba que sí, porque, fuera lo que fuese que la mujer hacía, parecía demandarle muchísimo esfuerzo.)

Entonces, después de casi una semana de andar sin rumbo, Cecilia oyó que un soldado le decía a otro que habían llevado a un hombre al hospital varios días atrás. Este había recibido un golpe en la cabeza y estaba inconsciente. Se llamaba Rokesby.

Edward Rokesby. Debía de ser él.

Cecilia jamás había visto al hombre, pero era el mejor amigo de su hermano y *sentía* que lo conocía. Sabía, por ejemplo, que venía de Kent, que era el segundo hijo del conde de Manston y que tenía un hermano menor en la